

GACETA MEDICA DE COSTA RICA

REVISTA CIENTÍFICA MENSUAL DE MEDICINA, CIRUJÍA, HIGIENE Y PUERICULTURA
 ÓRGANO DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE LA REPÚBLICA

— DIRECTOR Y ADMINISTRADOR: DR. **TEODORO PICADO** —

Dirigir la correspondencia al Director
 y Administrador
 San José, Costa Rica, América Central

La Gaceta Médica se publica cada mes.
 No se admiten suscripciones por menos
 de seis meses, pago adelantado.

Precio de suscripción por un año ₡ 6-00
 Precio de suscripción por seis meses 3-00

Precio de un número suelto ₡ 0-50
 Precio de avisos Convencional.

Comentarios

relativos al folleto "Consideraciones sobre el cerebro y la personalidad de Rubén Darío" del Doctor Juan José Martínez

por el Dr. Galcerán Granés

Por la viuda de Darío fué remitido al doctor Martínez el cerebro del poeta con encargo de proceder a su examen anatómico. La viscera había sido muy bien preparada, inyectada y bañada con una solución de formalina, pero al cabo de diez días llegó seca a manos del examinador, no obstante estar contenida en una urna de cristal herméticamente cerrada.

Recién extraído del cráneo, aquel cerebro pesaba 1,850 gramos.

Concretada la observación a la superficie por recomendación expresa de la viuda, quien prohibió se hicieran cortes, el doctor Martínez no encontró nada anormal, ni señales de hemorragias recientes o antiguas, ni huellas de tumores, reblandecimiento, encefalitis o esclerosis. A pesar del endurecimiento, llamaba la atención el tamaño extraordinario del cerebro, así como la exuberancia de las circunvoluciones y la profundidad de los surcos. Predominaba el desarrollo de los lóbulos frontales y parietales, del lado izquierdo más que del derecho, sobresaliendo la tercera circunvolución frontal izquierda y las frontales ascendentes, aun cuando la primera y segunda ofrecían, asimismo, marcado desarrollo. Los lóbulos temporales y parietales bien formados, uniformes, y de relieves altos y salientes. Los occipitales regulares, simétricos. La ínsula de Reil sin carácter especial. Los tres lóbulos tenían, igualmente, notable desarrollo en su superficie inferior.

El espesor de la capa gris, en las partes más prominentes de las circunvoluciones, medía de 4 a 5 milímetros, según los puntos.

El cerebelo, normal en su desarrollo, conformación y contextura.

Todas estas cualidades del cerebro de Darío revelan indudables semejanzas con los cerebros de muchos genios, por lo menos, con todos los cerebros de sujetos de muy elevada mentalidad. A este efecto, recuerda, muy oportunamente, el doctor Martínez, para la debida comparación, los siguientes datos.

1.º El promedio del peso del cerebro en las distintas razas es de 1,335 gramos en los caucásicos, de 1,330 en los chinos, de 1,265 en los malayos e indios norteamericanos y de 1,185 en los australianos, pesando únicamente 1,000 gramos el cerebro del hombre prehistórico. Los grandes hombres poseen siempre un cerebro mayor que la generalidad y los cerebros inferiores a 1,000 gramos pertenecen constantemente a los imbéciles e idiotas natos. Recuerda, además, que en los hombres superiores, el área del lóbulo frontal excede a las áreas combinadas de los lóbulos parietal y temporal. Es porque, según enseña la psicología, los hombres superiores en mentalidad representan un avance del perfeccionamiento antropológico y en punto a perfeccionamiento cefálico, según enseña la antropología, la capacidad del cráneo se opera a expensas de la cara y la capacidad de la vesícula anterior (lóbulos frontales), a expensas de la media (lóbulos parieto-occipito-esfenoidales), de la mediana (ganglios intracefálicos) y de la posterior (bulboprotuberanciales).

Pero no se le oculta al doctor Martínez que más que con el tamaño y el peso, la perfección psíquica está relacionada con la riqueza de las neuronas, lamentando, a este propósito, no haber podido hacer el examen histológico de la corteza del cerebro de Darío; mas, en su defecto, recuerda que el espesor de la sustancia gris de éste era de 5 milímetros, en tanto que el promedio es de 3 milímetros y en ciertas razas únicamente 1'55 milímetros. Compara, en fin, el peso del cerebro de Darío con el de otros hombres célebres y resulta:

Gauss	1,492 gramos	Gambetta.	1,294 gramos
Webster	1,516 >	Whitman.	1,282 >
Kant.	1,600 >	Gall.	1,198 >
Thanckeray	1,658 >	Meyer	1,415 >
Cuvier.	1,861 >	Albercrombie.	1,890 >
Schiller	1,580 >	Dupuytren	1,875 >
Liebig	1,352 >		

El de Rubén Darío, por su peso, era, pues, parecido al de Dupuytren, Albercrombie y Cuvier.

Y, repito, pareciéndole, muy atinadamente, al doctor Martínez que los datos ponderativos y volumétricos del cerebro de Darío revelaban todo lo más, elevadas *aptitudes*, favorables condiciones de *intensidad* intelectual, pero no condiciones de *calidad* mental, ha recurrido al conocimiento de otras semejanzas, las semejanzas funcionales, con otros genios, advertidas en la vida del poeta, que permiten incluirle en la categoría de las mentalidades superiores.

Entre aquellas semejanzas figura la *precocidad*, pues que a los tres años sabía leer; la innata aptitud a versificar, pues que componía versos desde niño (se le llamaba el *poeta niño*) sin haber recibido lecciones de nadie; la tendencia al aislamiento, a la meditación y a la tristeza; la superstición exagerada y reñida con el buen sentido, hija ya de la intensidad imaginativa; la pasión por los viajes, realizados por el más fútil motivo y aun con cualquier pretexto, a veces en perjuicio de su bienestar, recorriendo ambas Américas y Europa entera; la facilidad de la

elaboración intelectual, permitiéndole frecuentes improvisaciones y la consecutiva fecundidad de producción; la asombrosa asimilación por los idiomas, pues poseía el español, el latín, el francés, el inglés, el portugués, el italiano y el chino, y la adaptación rápida al medio social, que le conquistaba intensas amistades entre los hombres de gran cultura y de mayor representación en política, en ciencia y en literatura. Entre sus particularidades, exteriorizando su carácter, son dignas de mencionarse, dice Martínez, el hablar poco y despacio, la improvisación, la mayor brillantez de inspiración bajo el influjo de un licor fuerte, del que abusaba con frecuencia. «Era buen conversador, pero después de sus crisis permanecía callado y triste. Prefería trabajar por la mañana y por la noche. Escribía personalmente, por lo común acostado o reclinado sobre almohadas. Era muy nervioso, negligente, enamorado y débil de carácter. Cuando estaba bajo la influencia del alcohol, padecía del delirio de grandeza (megalomanía). Sufría de insomnio. No le agradaba hablar en público. Tenía una memoria prodigiosa. Unas veces fumaba con exageración. Tomaba té. No usaba opio. Viajar era un encanto para él. La soledad le causaba miedo.» Y como rasgos de su ingenio, apunta Martínez, además de la precocidad, la originalidad del lenguaje y de los temas desarrollados, la afición a los neologismos y su exactitud etimológica, la incomparable belleza y profundidad de imágenes y pensamientos y la forma atrevida de su exposición.

Por lo mismo que de los datos anatómicos del cerebro no es dable deducir la cualidad del funcionalismo del órgano, sino únicamente su potencia (que no siempre se convierte en acción), he leído con detención la *Vida* del poeta escrita por el propio Darío, y de tal estudio, no solamente he podido confirmar las observaciones expuestas por el doctor Martínez, si que, también, creo poder aducir otras comprobatorias de la mentalidad excepcional que el poeta gozó y cuya especialización procuraré fijar después.

Conste que son datos apuntados por el mismo autor, tanto más dignos de crédito, cuanto que en la divulgación de su vida, y así en lo bueno como en lo malo, prescinde de adjetivos, de comparativos y de superlativos, de atenuantes y de falsas modestias, relatando los hechos sin comentarlos y mostrándose siempre maravillosamente ingenuo.

Desde la primera infancia, Darío fué un neurópata, tenía *terrores nocturnos*; «alrededor del lecho mil círculos coloreados y concéntricos, kaleidoscópicos, enlazados y con movimientos centrifugos y centripetos, como los que forma la linterna mágica, creaban una visión extraña y para mí dolorosa. El central punto rojo se hundía, hasta incalculables hipólicas distancias, y volvía a acercarse; y su ir y venir era para mí como un martirio inexplicable. Hasta que, de repente, desaparecía la decoración de colores, se hundía el punto rojo y se apagaba, al ruido de una seca y para mí saludable explosión. Sentía una gran calma, un gran alivio; el sueño seguía, tranquilo. Por las mañanas, mi almohada estaba llena de sangre, de una copiosa hemorragia nasal». Más adelante las alucinaciones no eran exclusivamente sensitivas; fueron también re-

presentativas. Las titula *pesadillas*. «Estaba yo, en el sueño, leyendo cerca de una mesa, en la salida de la casa, alumbrada por una lámpara de petróleo. En la puerta de la calle, no lejos de mí, estaba la gente de la tertulia habitual. A mi derecha había una puerta que daba al dormitorio; la puerta estaba abierta y vi en el fondo oscuro que daba al interior, que comenzaba a formarse un espectro; y con temor miré hacia este cuadro de obscuridad y no vi nada; pero, como volviese a sentirme inquieto, miré de nuevo y vi que se destacaba en el fondo negro una figura blanquecina, como la de un cuerpo humano envuelto en lienzos; me llené de terror, porque vi aquella figura que, aunque no andaba, iba avanzando hacia donde yo me encontraba. Las visitas continuaban en su conversación y, a pesar de que pedí socorro, no me oyeron. Volví a gritar y siguieron indiferentes. Indefenso, al sentir la aproximación de *la cosa*, quise huir y no pude, y aquella sepulcral materialización siguió acercándose a mí, paralizándome y dándome una impresión de horror inexpresable. Aquello no tenía cara y era, sin embargo, un cuerpo humano. Aquello no tenía brazos y yo sentía que me iba a estrechar. Aquello no tenía pies y ya estaba cerca de mí. Lo más espantoso fué que sentí inmediatamente el tremendo olor de la cadaverina, cuando me tocó algo como un brazo, que causaba en mí algo semejante a una conmoción eléctrica. De súbito, para defenderme, mordí *aquello* y sentí exactamente como si hubiera clavado mis dientes en un circo de cera oleosa. Desperté, con sudores de angustia».

No solamente tuvo representaciones imaginativas y alucinaciones durante el sueño, si que también en estado vigil. «Yo había, desde muy joven, tenido ocasión de observar la presencia y la acción de las fuerzas misteriosas y extrañas, que aún no han llegado al conocimiento y dominio de la ciencia oficial. En *Caras y Caretas* ha aparecido una página mía, en que narro cómo en la plaza de la Catedral de León, en Nicaragua, una madrugada vi y toqué una larva, una horrible materialización sepulcral, estando en mi sano y completo juicio.»

Tuvo también visión telepática. «En la ciudad de Guatemala tuve el anuncio psicofísico del fallecimiento de mi amigo el diplomático costarricense Jorge Castro Fernández, en los mismos momentos en que él moría en la ciudad de Panamá; y la pavorosa visión nocturna que tuvimos en San Salvador el escritor político Tranquilino Chacón, incrédulo y ateo; visión que nos llenó, más que de asombro, de espanto.»

Síntoma de neuropatía fué, asimismo, su precocidad genital y su erotismo predominante. Refiere Darío que quien primeramente le enseñó el alfabeto fué una señora y recuérdase que a los tres años sabía leer. «La maestra no me castigó sino una vez, en que me encontrara, ja esa edad, Dios mío! en compañía de una precoz chicuela, iniciando indoctos e imposibles ...*Dafnis Cloe*, y según el verso de Góngora, *las bellaquerías detrás de una puerta*.» Más adelante a sí propio se titula *apasionado precoz*, a su adolescencia, *fogosa primavera*. «La pubertad transformó mi cuerpo y mi espíritu. Se acentuaban mis melancolías sin justas causas. Ciertamente, yo sentía como una invisible mano que me empu-

jaba a lo desconocido. Se despertaron los vibrantes, divinos e irresistibles deseos. Brotó en mí el amor triunfante y fui un muchacho con ojeras, con sueños y que se iba a confesar todos los sábados.»

En cuanto al carácter, Darío fué un incompleto, un desordenado, un bohemio.

Los factores éticos determinativos de su carácter fueron la emotividad y aun la timidez, dentro, sin embargo, de un fondo de bellísimos sentimientos, de hidalguía y de caballerosidad. Era antirreligioso y supersticioso a la vez. Era propenso a crisis de tristeza, de abatimiento con abulia. La emoción hacía perder fácilmente el dominio de la voluntad, siquiera no perdiese la conciencia de sus intemperancias, como ocurrió en una fiesta dada por el novio de una su antiguo ídolo, de donde hubo que sacarle más que de prisa, a causa de los horrores proferidos en sus improvisaciones poéticas.

A beneficio de los datos anteriormente expuestos, ¿podemos deducir a qué género de mentalidad correspondía la de Rubén Darío? ¿Era una mentalidad predominantemente *intensiva*? ¿Prevalecía la mentalidad *mnemónica*? ¿Singularizaba la mentalidad *imaginativa*? ¿Era característica la mentalidad *conceptiva*? ¿Culminaban, a la vez, todas o varias de tales sistematizaciones?

Sí; a juzgar por los frutos, el árbol mental de Darío se componía de tres frondosas ramas: la intensiva, que proveía a la literatura y al periodismo de un caudal inmenso de productos por durante larguísima años, a la primera desde niño, a la segunda desde los 14 años; la mnemónica, que sorprende la excepcional retentiva que tenía Darío y la exactitud de reproducción de las impresiones, aun las más lejanas, permitiéndole detallar hasta la nimiedad y asociar hasta los más heterogéneos estados de conciencia; y la imaginativa, que revela comparaciones las más exactas, abstracciones las más sutiles, simbolismos los más sorprendentes y rapidez constructiva la más brillante, por todo lo cual le era de una facilidad suma la improvisación, de una belleza encantadora la rima y la consonancia, y de una vena poética inagotable la sucesión de temas.

Pero si las producciones literarias de Darío eran predominantemente formalistas (imaginativas y mnemónicas), si cultivó con preferencia el arte por el arte mismo, si se encariñó más con la forma poética que con la trascendencia y finalidad del asunto, no puede negarse *conceptismo* en la labor de Darío, y menos *conceptismo* político y social, aun cuando no se propuso, por ejemplo, seguir las huellas de los *naturistas* y menos a la manera *medanista* (zoolismo), ni de los *socialistas*, bajo ninguno de sus aspectos, tanto darwiniano o de lucha por la vida, como *criminalista* filosófico (mardeísmo, nihilismo, anarquismo, misticismo, ascetismo, tolstoiismo, etc.) Tampoco fué un *psicólogo* en la acepción literaria de la palabra, esto es, no se propuso el planteamiento y resolución de los problemas de fisiología o de patología mental relacionados con la vida del organismo colectivo, ni planeó conflicto alguno que afectara al moralismo común, así en sentido pesimista a manera de la escuela schopenhaueriana, como altruista al modo cristiano o al modo científico.

Puede afirmarse que desde el punto de vista conceptista, Rubén Darío pertenecía más particularmente a la escuela *ipsuista*, cultivaba con preferencia el psicologismo literario y mundial con predilección feminista y con lejanas reminiscencias de *estoicismo*, derivado éste de la semiparálisis de la voluntad, del agotamiento temporal de energías, de la exagerada emotividad, del tedio frecuente y de la indecisión continua que padecía.

Formalista más que conceptista, elaboró con predilección en los campos del *retoricismo*, del *croniconismo* y del *criticonismo*. La belleza externa le encantaba más que la interna. Si la realidad de la vida y las asperezas de la política no le hubieran, a trechos, declinado, hubiera resbalado por la pendiente de la decadencia literaria, en cuyo fondo desaparece siempre toda noción positiva de la vida, envuelta en los tupidos ropajes del amaneramiento de estilo, de confusión de lenguaje y de insubstantialidad de asuntos.

Por último, si el estilo es el hombre o, mejor, si el estilo revela la disciplina del intelecto, el estilo de Darío, *conciso, profuso y abstracto*, demuestra una mentalidad independiente, refractaria al encauzamiento metódico. Su estilo es como una lluvia de granizo, de arena, de cantos rodados o de brillantes estrellas, pocas veces de agua y copos de nieve, movida por viento fuerte, torbellinesco y frecuentemente huracanado. Consiste en que Darío sentía hondo, pensaba claro y expresaba a zurriagazos.

Los anteriores comentarios me permiten confirmar ciertas leyes de mecánica biológica, semejantes, no iguales, a las que rigen a la mecánica inorgánica.

1.^a La *masa* del órgano está en relación directa con la función (semejanza), pero lo está muchísimo más la *estructura* (diferencia). Más claro: el cerebro de Darío, volumétrica y ponderalmente considerado, era *apto* para el cumplimiento de una gran función; pero, también, a veces, son muy grandes y pesan mucho los cerebros de los idiotas. Lo que abonaba la potencialidad funcional del cerebro de Darío, como el de todos los grandes pensadores, era la riqueza histológica de la corteza, la multiplicidad de elementos pensantes, de células nerviosas, no la prodigalidad de la ganga, del elemento conectivo de aquellos elementos, como ocurre en todos los afrénicos innatos.

2.^a La *especialización funcional* no está íntimamente unida al desarrollo del órgano, sino más directamente al sentido ético y al carácter individual, cuyos factores son los que promueven la *inclinación* y a la influencia del medio, que es la que determina el *objeto* de la función. Quiero decir, que Darío, al igual que fué un gran poeta, pudo ser un gran matemático, un gran naturalista, un gran mecánico, un gran financiero, si le hubiera sido propicia la influencia del medio, como, por ejemplo, fué, a la vez, un gran matemático, un gran hacendista y un gran poeta nuestro eximio Echegaray. ¿Por qué, pues, no fué más que un gran poeta, más que muy ilustre literato, Rubén Darío? Sin duda por efecto del ambiente, escaso de estímulos intelectuales dentro del que

transcurrió su infancia y adolescencia y, por efecto, también, de su idiosincrasia, más propensa a la inercia que a la lucha por la vida, de su temperamento desequilibrado, pesando más la sensualidad que la volición, y de su predominio imaginativo, dominando a las operaciones reflexivas de orden y de moderación.

En resumen, Darío, como todos los hombres, fué hijo de su sentir más que de su pensar, siquiera éste fuese poderoso.

(Gaceta Médica Catalana.)

Revista científica

Disnea en las afecciones cardio-renales.—La disnea con cianosis ligera que se observa en los ancianos cardíacos no es debida, dice el Doctor T. F. Cotton, a un exceso de ácido carbónico producido por la aireación insuficiente de la sangre, sino a la intoxicación ácida. Esta disnea reviste con frecuencia el tipo de Cheyne-Stokes y va acompañada por diversos signos de la debilidad cardíaca; la hipertensión es frecuente, la alteración funcional del riñón constante, y, además, se observa temperatura subnormal. Según toda probabilidad, no hay diferencia verdadera entre el asma cardíaco y el renal, y la disnea depende, casi seguramente, de la insuficiencia funcional del riñón. En la mayor parte de los casos puede atribuirse a la intoxicación ácida. La disnea cardíaca pura, va acompañada de un exceso de ácido carbónico, el que, al hacer la sangre más ácida, estimula el centro respiratorio.—(*Canadian Med. Association Journal*).

Tratamiento rápido de la úlcera fagedémica de los trópicos.—El señor Boucher, en la sesión del 12 de Julio de 1916, de la Sociedad de Patología Comparada, de París, dice haber sometido al tratamiento por el formol, catorce enfermos afectados de úlcera fagedémica espirilar. Este tratamiento consiste en tocamientos de la úlcera por medio de un tapón de algodón embebido de una solución de formol al 40%. Se forma una escara, y desde este momento se aplica un apósito seco de bismuto que se renova todas las semanas hasta la completa curación. Los resultados han sido de lo más satisfactorios; este método se distingue por su simplicidad y por su acción rápida.—(Pres. Med. París.—N.º 55.—Pág. 441. 5 Oct. 1916.)

Transfusión de la sangre y sangría por un procedimiento nuevo.—En la med. del 1er. ejército francés, en el mes de Agosto, el señor M. G. Blechmann, ayudante mayor de 2.ª clase, describe un nuevo procedimiento de transfusión de la sangre aplicable a la sangría terapéutica. Diferente de los métodos arterio-venosos de Carrel, Tuffier, veno-venoso de Kimpton, etc., el procedimiento imaginado por Blechmann reposa en los principios siguientes:

1.º Derivación de la sangre venosa del dador hacia la circulación del receptor por aplicación del fenómeno físico del sifón;

2.º Dilución de esta sangre en el aparato de transfusión por una solución clorurada o glucosada;

3.º Empleo en la mayor parte del aparato de un tubo de caucho, cuerpo que con la parafina posee la propiedad de retardar la coagulación de la sangre. (Carrel, Delbet).

Este aparato es fácilmente esterilizable, poco frágil y de un manejo sencillo.—(Pres. Méd. de París, p. 477, n.º 59 de 23 Oct. 1916.)

El tratamiento helioterápico de las osteitis consecutivas a las heridas de la guerra.—El señor Cazin expone los resultados tan excelentes que ha obtenido, desde hace dos años, aplicando la helioterapia al tratamiento de las heridas de guerra y en particular a las lesiones óseas interminables, consecutivas a las fracturas infectadas.

Insiste en la necesidad de seguir en todos sus detalles la técnica de la cura solar, tal como la ha indicado el señor Rollier (de Leysin), aislando progresivamente las extremidades inferiores primero, quiere decir los primeros días los pies, tres veces durante cinco minutos cada vez, con intervalos de media hora; el segundo día las piernas hasta las rodillas, durante diez minutos por tres veces; el tercer día, los miembros inferiores, hasta la ingle.

Del mismo modo es el tratamiento helioterápico post-operatorio por excelencia de la osteo-mielitis, después del curage óseo; asimismo la cura solar obra de un modo maravilloso en la reparación de las pérdidas de sustancia ósea consecutivas a las fracturas complicadas y determina en algunas semanas la curación de fístulas óseas que desde largos meses había resistido a todos los tratamientos.—(Pág. 478. Pres. Med. París, n.º 59.—23 Oct. 1916).

Disentería amibiana y cloridrato de emetina.—Los señores E. Job y L. Hirtzmann, exponen los resultados clínicos que han obtenido en el tratamiento de la disentería amibiana, por el cloridrato de emetina.—Según el modo de pensar de ellos, este medicamento es en mucho el mejor de todos aquellos utilizados en la terapéutica de esta afección.—Pres. Med. París.—Pág. 485, n.º 60 de 26 Oct. 1916.

Síntomas observados en el curso de la disentería amibiana.—Los señores E. Joby y L. Hirtzmann, habiendo tenido la ocasión de asistir un gran número de casos de disentería amibiana, han podido así estudiar particularmente ciertos puntos de la marcha clínica de la enfermedad.

De sus observaciones sacan las conclusiones siguientes:

La disentería amibiana presenta lo más a menudo un período de invasión de algunos días, caracterizado por una diarrea blanca común.

Es una afección de marcha menos aguda que la disentería bacilar; la fiebre, cuando existe, es poco elevada; las heces son, en general, menos frecuentes que en aquella última enfermedad; quien, en el período agudo, da un olor acre y tienen a menudo el aspecto de boñiga de vaca.

La disentería amibiana es una afección de recaídas, las recaídas son en relación con la evolución zchizogónica del parásito. Es una afección anemianta y caquectizante cuando los ataques se renuevan con frecuencia; sus propiedades anemiantes se manifiestan desde sus primeros ataques. En su período de caquecía, se observan algunas veces y síndrome—cuyo pronóstico es extremadamente grave y que se caracteriza por una diarrea incoercible, albuminuria y accidentes nerviosos.

En un amibiano, toda hipertrofia del hígado debe hacer sospechar la existencia de un absceso del hígado.

La disentería amibiana puede evolucionar bajo una forma asolapada en la cual la diarrea es la única manifestación.—(Pág. 485. Pres. Méd. París, n.º 60.—26 Oct. 1916.)

La anestesia general y la anestesia local en las personas de edad avanzada.—El señor Bazy, habiendo estudiado comparativamente los efectos de la anestesia general y local empleadas en las mismas personas con algunos días o con algunas semanas de intervalo, ha constatado que, en algunos casos, la anestesia general era mejor soportada que la anestesia local. Esta observación le ha confirmado su modo de pensar que tenía desde hacía largo tiempo, de la utilidad y de la inocuidad de la anestesia general de los ancianos.

Dichosamente a menudo es así, por que cierto número de operaciones en las vías urinarias, no podrían ser hechas con el socorro de la anestesia local.—El estado del músculo cardíaco debe guiar en semejante caso.—Cuando el músculo cardíaco está bueno, cuando además el hígado y los riñones están en buen estado, se puede emplear la anestesia general, cualquiera que sea la edad del operado.

Es así que el señor Bazy ha podido cloroformizar y operar con éxito gran número de personas de 80, 82, 85, 87 y aún de 90 años.—(Pág. 486, Pres. Méd. París, n.º 60.—26 Oct. 1916.)

Una bala de Sharapnell, libre en el ventrículo izquierdo.—El señor Lobligeois ha observado un caso de sharapnell libre en el ventrículo izquierdo en un herido completamente curado clínicamente y no sintió ningún padecimiento por el hecho de la presencia de este proyectil.

El sujeto, herido algunos meses antes, era enviado después de su curación en vista de verificar el estado de su pulmón izquierdo y de averiguar si el proyectil que debía tener siempre en el pecho se encontraba realmente.

El examen con la pantalla permitió inmediatamente apercibir el proyectil, que presentaba un remolineo característico en cada pulsación cardíaca.—(Pág. 503. Pres. Méd. de París, n.º 62.—9 Nov. 1916.)

Trad. DR. MANUEL CABEZAS.

La defensa social de la primera infancia en la República Argentina

I.—La defensa sanitaria de la población infantil es un problema de gobierno y de civilización; el progreso de un país proviene de los hombres que pueblan su suelo y de los brazos que labran su riqueza.

II.—El crecimiento vegetativo de la población argentina se halla detenido por la excesiva mortalidad infantil, cuyas cifras extraordinarias son cada vez más temibles.

III.—La Capital de la República ha instituido sus medios modernos de defensa organizando los servicios de asistencia médica en los dispensarios e instituciones de Puericultura de la Asistencia Pública de la Capital.

IV.—En el interior de la República faltan todos los medios y estímulos para realizar análoga obra de profilaxis social, siendo las provincias argentinas, la de Tucumán particularmente, de las más azotadas por la morbilidad y mortandad infantil.

V.—Proponemos por lo tanto, una institución nacional de defensa social de la primera infancia, que proteja la existencia y la salud de todos los niños que nacen en el suelo del país.

VI.—Esa institución será el «*Instituto Nacional de Puericultura y Maternología*», que tendría por objeto, además de la asistencia hospitalaria de la primera infancia, la obra de educación popular para instruir a las jóvenes y a las madres sobre los principios de la higiene infantil, que previene y evita la enfermedad y la muerte de los niños.

VII.—Queda como una modesta contribución a este propósito, nuestra iniciativa para la creación de la cátedra docente de Puericultura, que se halla incorporada desde hace tres años a la enseñanza normal femenina y en el actual plan de estudios de la Escuela intermedia, y el libro de la «*Ciencia del Niño*», con que acompañamos la presente comunicación.

VIII.—Solicitamos, por lo tanto, de la Asamblea del Primer Congreso Nacional de Medicina, un voto a favor de la creación de un «*Instituto Nacional de Maternología y Puericultura*».

DR. ENRIQUE FEINMANN

(De la Revista de la Asociación Médica Argentina).

Educación de los niños nerviosos

Por el Dr. Bernardo Etchepare,

Profesor de Clínica Psiquiátrica de la Facultad de Medicina de Montevideo (Uruguay)

Trabajo presentado al II Congreso Científico Pan Americano.—Washington, enero 3 de 1916

III

(Continuación)

El segundo sentimiento es el miedo. Ya cuando el niño tiene varios años hay que mantener más que nunca una actitud tranquila, calmándolo con la voz y el gesto, sin aspavientos ni gritos. Es preciso tranquilizar de tal modo, que el niño aprenda, poco a poco, a no dar valor a lo que lo alarma. En particular, la vista de los animales suele asustarlos; hay aquí un gesto atávico que cuesta esfumar. A ello puede llegarse familiarizándolo poco a poco con la vista de lejos, luego de cerca, etc. Para eso es preciso que si los padres alguna repugnancia mórbida tienen por ellos como para los truenos, etc., se dominen si posible, para no exaltar la tendencia hereditaria hacia la zoofobia u otra.

Por último, es oportuno recordar aquí, que es ya de acuerdo general, reprobar la tan extendida costumbre de distraer o adormecer al niño con cuentos fantásticos, en que se introducen noticias a veces trágicas, a menudo penosas. No hay costumbre más triste porque es exaltar la emotividad en sentido doloroso o depresivo, y provocar con el insomnio o la pesadilla, verdaderos estados de miedo, creando espíritus timoratos que se asustan de la soledad, de la obscuridad, de la noche, etc., fabricando futuros deprimidos, próximos obsesionados, fóbicos o melancólicos. Es preciso, pues, guardarse de cuentos absurdos y tristes.

Es, además, oportuno el consejo de Cullerre: «Es preciso, pues, esforzarse en evitar a los niños nerviosos todas las ocasiones susceptibles de despertar prematuramente su sensibilidad especial, y por eso ahorrarles las promiscuidades suspectas, no confiarles más que sirvientes de moralidad experimentada, alejarlos de los malos ejemplos, de los espectáculos obscenos, de las conversaciones arriesgadas».

Por más que opinamos que la doctrina del pansexualismo de Freud es un tanto exagerada, no obstante, y contando con la emotividad precoz de algunos de estos niños, conviene evitar todas las ocasiones posibles de traumatismo moral o sexual dentro de lo descrito por el clínico de Viena. Uno de los casos que más ha llamado mi atención comprende la historia de una señora psicasténica que asistí durante unos años, y que tenía una preocupación genital, un escrúpulo sexual que la hizo desgraciada durante toda su adolescencia, y ligada, ciertamente, a la impresión que hacia los 4 ó 5 años de edad sufrió por arte de un sirviente negro lúbrico. Otra conocí que en alguna mayor edad fijó una preocupación sexual por la vista de un acoplamiento de perros, organizando una verdadera manía que la torturó durante mucho tiempo.

(Continuad)

CIRUGÍA Y TÉCNICA OPERATORIAS

por V. CHALAT y ET. CESTAN

Sexta edición española,
revisada y anotada por el Dr. D. Ramón Torres Casanova

MANUAL DE COSMÉTICA

por el Dr. EDMUNDO SAALFELD

Casa Editora, J. ESPASA. — Cortes, 579: Barcelona

SAL HEPÁTICA

Llamamos la atención de la profesión médica para que cuidadosamente observen los méritos de la SAL HEPÁTICA, en la Diátesis Úrica, en la constipación y a su propiedad muy importante de limpiar todo el trayecto alimenticio, evitando con esto los desórdenes producidos por la indiscreción de comer y beber y por la absorción de toxinas irritantes.

Esta preparación es un laxante salino, efervescente y disolvente del ácido úrico que ha ganado rápidamente el favor de la mayoría de los médicos.

Es una combinación científica de los fosfatos de sodio y de litio y de sales análogas encontradas en las más famosas aguas amargas y purgantes de Europa. La acción de las sales que tienen en solución las AGUAS AMARGAS es bien conocida para que exija una explicación minuciosa, pero su valor medicinal está considerablemente reforzado por la acción de fosfato de sodio y de litio.

La SAL HEPÁTICA puede emplearse como laxante y como eliminante de toxinas irritantes de una manera satisfactoria y sin riesgo alguno en las inflamaciones intestinales y merece ocupar un lugar prominente en las diarreas de los infantes niños y en las dolencias de verano, producidas por fermentaciones y putrefacciones. Es menos desagradable que el fosfato de sodio solo y que otros laxantes salinos y se elimina más fácilmente en las excretas y emuntorios.

La SAL HEPÁTICA es un laxante ideal en todos los estados y edades. No deprime en absoluto, al contrario, es un tónico fisiológico y por su uso no se establece la tolerancia que conduce al aumento de dosis y cuando deja de usarse no deja los intestinos más constipados que al principio como sucede con otros agentes. Es un laxante inocente durante la preñez y la lactancia y en los casos de clorosis anémica.

La SAL HEPÁTICA está especialmente indicada en la Diátesis Úrica, lo mismo que en el Reumatismo, la Gota y la verdadera Litemia. Produce resultados positivos limitando y disminuyendo la cantidad de ácido úrico formada por la circulación y excreciones de los riñones y se absorbe muy libremente, entrando en la sangre y eliminándose tan rápidamente por los conductos u órganos excretorios, que su presencia se demuestra fácilmente en el sudor y en la orina.

Doctor: nos permitimos sugerirle que haga Ud. un ensayo personal con la SAL HEPÁTICA, bien como laxante salino o bien como remedio anti-reumático. Sabemos de muchos médicos que emplean la SAL HEPÁTICA para ellos mismos. Como laxante sencillo es preferible al Citrato de Magnesia y a los Polvos de Seidlitz, especialmente cuando se administra después de Calomel o de otros mercuriales.



Se envían muestras a los señores médicos que las pidan

BRISTOL-MYERS Co., 277-281 GREENE AVE., Brooklyn, NEW YORK, U. S. A.